

somos ni queremos ser una isla. Queremos vernos en un futuro en una única escuela vasca y que pensamos no será ni como la escuela pública transferida ni como las Ikastolas. Pensamos que primero tenemos que homogeneizar las Ikastolas entre sí y es claro que debe ser así. En un movimiento espontáneo como la creación de Ikastolas, las iniciativas de padres, la disposición anterior y actual de los profesores, los niveles de pedagogía, la situación del euskera, la financiación, etc., son distintos en cada pueblo y han llevado lógicamente a una situación que entendemos hay que homogeneizar. En un proceso posterior tenemos que hacer aterrizar en el mismo aeropuerto esta Ikastola homogeneizada y la escuela transferida logrando esa única escuela pública vasca.

Conseguir decimos dotar a la Ikastola con el esfuerzo colectivo del Kilometroak, de medios de enseñanza como videos, instalaciones deportivas, etc.

También quisiéramos dejar de ser una isla en Añabitarre, con traslado masivo de alumnos en autobuses, quisiéramos tener una presencia más importante que la actual de Juan de Olazábal en el centro de Errenteria. Es un riesgo grande, tantos niños en tantos autobuses durante años, nos preocupan las travesuras sobre todo de los más pequeños, nos obligan a horarios extremos de entradas y salidas sobre todo al mediodía. Hay alumnos que entran a clase en la Ikastola cuando en Europa están saliendo. Nos gastamos en autobuses 22.000.000 de ptas. al año, cuando de acuerdo con el sistema habitual de cesión de terrenos y la ayuda en construcción del Gobierno Vasco evitaría y dotaría de edificios al pueblo en vez de quemar gasolina.

Un centro escolar ubicado en el centro y diseñado correctamente tiene que ser el centro de las actividades de la juventud y no sólo deportivas sino culturales, etc., haciendo compatible el tiempo de ocio que es después del horario escolar.

EL PUZZLE

Cuento que obtuvo el primer premio entre los presentados al certamen literario que organizado por Ereitza Elkarte, se celebró el pasado año 1984.

JULIO CEREZO GILARRANZ

Seguía colocando una a una las piezas del puzzle. Había conseguido componer las paredes y parte del tejado rojizo donde estaba la chimenea. Ahora intentaba cubrir el camino de arena que comenzaba en la verja y llegaba hasta el porche de la fachada principal.

Parecía ser uno de esos días en que todo encaja, en los que la intuición elige las fichas necesarias guiada por un experto lazarillo que te infunde seguridad y satisfacción.

Y siguió confiado jugando con lo incierto, componiendo la imagen cada vez menos rota de una casa y de una verja y de un jardín con un caminito que no se bifurcaba.

Una llamada de teléfono le destrozó su tranquilidad, su complicada y espontánea soledad. Permaneció un par de segundos con una pieza que debía pertenecer al sendero pero que por uno de sus múltiples recodos dejaba ver la mancha de la hierba que definía el camino. Buscó con los ojos, con las entrañas, el espacio donde perfectamente encajaría, pero no lo encontró. Deslizó la pieza al fondo de la palma y cerró el puño. El estribillo perenne le había llegado dos veces más. Casi corrió para alcanzar el teléfono antes que volviera a sonar. Era una de las muchas veces en las que se apostaba algo consigo mismo.

Esta vez logró vencerse y arrancó el auricular antes de que la campana anunciara el final del «round». Sonrió satisfecho e inquirió por la personalidad de su interlocutor. No obtuvo respuesta. Esperó otro par de segundos y enseguida escuchó el clic que señala inequívocamente que han colgado. Extrañado —no porque fuese realmente extraño, sino por el pequeño latido que le golpeaba las muñecas cuando su intuición, nuevamente presente, le decía que algo no marchaba— volvió al cuarto donde le esperaba el puzzle.

Continuó afanosamente encajando piezas, observándolas arriba y abajo, clasificándolas por colores y formas. Tan sólo le faltaba por colocar una parte del cielo —la que no estaba cubierta de nubes—, de un azul pálido increíble y el sendero de tierra arcillosa que dividía el jardín. Comenzó con la tarea más costosa: Reconstruir ese cielo uniformemente coloreado en base a sus impulsos y a la singular composición de las distintas piezas. Al cabo de media hora lo había logrado y el único vacío era el del sendero. Descansó un rato, picoteó algo de comer en la nevera mientras bebía una cerveza. Volvió al cuarto y justo antes de colocar una nueva losa, sonó de nuevo el teléfono. No

permitió que volviese a repicar y corrió por él. Descolgó y esperó a oír algo. No se escuchaba nada del otro lado de la línea y a punto estuvo de colgar cuando percibió un ligero murmullo crispado por un nuevo chasquido.

Aquella ya no le gustaba. Dos veces. Dos veces había sonado y dos veces obtenía el silencio como respuesta. Volvió a su empeño a través del pasillo sin olvidar las llamadas y sin dejar de pensar en quien sería el simpático. Rápidamente pasó de las conjeturas a su particular mundo ensimismándose una vez más.

Una a una fueron cubriéndose las grietas. Conforme iba rellenando espacios, un pincel paseaba empalmando nudos, limando diferencias, apelmazando la figura en un conjunto viscoso. Apenas quedaba hueco para dos o tres piezas más. Colocó las últimas y sobrevino la tragedia: faltaba una, justamente en mitad del camino. Maldijo y blasfemó hasta la esquizofrenia... De pronto recobró la calma y recordó la pieza que se llevó cuando sonó por primera vez el teléfono. Un momento después estaba frente al aparador escrutando el paradero —inhóspito— de la maldita. La encontró debajo, entre los gruesos lazos de la alfombra. La recogió y estrujó entre las manos. La observó atentamente mientras llegaba a su habitación, pero algo le decía que no iba bien. Así fue. La pieza, la última pieza no encajaba, y eso suponía no poder terminar. La adrenalina dilataba sus venas, exacerbando su ira. Continuó maldiciendo al dependiente que le vendió el entretenimiento didáctico, a su madre y a toda su familia. Golpeó dos veces el tablero y si no fuera porque la goma del pincel había ensamblado las piezas como si se tratase de ladrillos, habrían saltado por los aires. Aún guardaba la última en su mano —apretando las uñas hasta el dolor— cuando levantó la vista hacia la puerta. Un individuo enfundado en gabardina le observaba desde la puerta. Sin mover un solo músculo, el extraño mostró un revolver e hizo tres disparos que reventaron el pecho del irritado quien, después de tambalearse en la silla, cayó de bruces sobre la mesa empapando de rojo la casa, la verja y el caminito que no se bifurcaba. La sangre fluía despacio entre las fisuras, escapándose por los bordes y rebosando el único hueco de la bucólica imagen. El hombre avanzó hacia el muerto, abrió —con dificultad— la mano todavía crispada y recogió la ficha. Dió media vuelta y mientras cruzaba el rellano, dijo tranquilamente: Me faltaba. Era la única que me faltaba.

«AISTA GERLARIARENA»

1^{er} premio VI Concurso
Villa de Rentería

Ereitza Elkarteak antolaturiko lehiaketaren ipuin irabazlea.

«Aratak gorde zaitzala» esan zidanean amak, aditu ere ez nion egin ganoraz, hain bait nengoen gudarako ordua noiz etorriko.

Denboren haseretatik geneukan Glodinoien berri, baina inoiz ez zuten orain bezala gu zirikatzen eta isekatzen ihardun.

Airatanen herrian inoiz ez ditugu honelako gizon arimagabeak gustoko izan. Bihotzaren lekuan urrezko labe gori-goria baitaukat gure aztiak diotenez eta labe horretako suak bizi irauan dezan abere eta izaki ororen odola edan ohi dute.

Azken neguan, ordea, elurretan bidaiari glatar bat topatu genuen elurretan erdi izozturik; hil bator lehen, Glodinoien lurraldeetatik zetorrela aitortu zigun ikaraz beterik, beldurtuko bagenu bezala. Ge-